



# “... que Cristo sea el centro, el eje, y razón de vuestras vidas”

El 6 de agosto celebrábamos la fiesta de la Transfiguración. En ella, Jesús, en vísperas de su pasión y muerte, muestra a sus tres discípulos predilectos, Pedro, Juan y Santiago, un anticipo de su gloria, como queriéndoles confortar y robustecer el ánimo, para que cuando llegue el momento de la pasión, la recuerden y no desfallezcan. Sin embargo, les deja bien en claro, que antes de llegar a la gloria, tiene que padecer y morir.

Me atrevería a comparar la solemnidad de la Asunción de María en cuerpo y alma a los cielos, con la fiesta de la Transfiguración; con la diferencia que en la Transfiguración es el mismo Jesús quien se transfigura, quien se reviste de gloria, para mostrar la gloria futura que nos espera, y en la Asunción de María es la Santísima Virgen la que es glorificada y transportada a los cielos, como primicia de la Iglesia.

Si en la Transfiguración se nos invitaba a contemplar a Jesús revestido de gloria, hoy se nos invita a contemplar en María la obra de Dios, la obra que Dios ha hecho en María, la pionera, y nunca mejor usado este epíteto, de la salvación y de la gracia.

La contemplación de María, Asunta a los cielos, nos llena de profunda alegría, ya que la que fue y es Madre de Dios, aquélla a través de la cual se nos dio a Jesús, hoy la contemplamos en la gloria para siempre, como el fruto de la redención más querido de su Hijo.

María, que desde el momento de su concepción había gozado de los favores de Dios, que la preservó de todo pecado en previsión de los méritos de su Hijo, al momento de su partida de este mundo, Dios la preservó así mismo, de la corrupción del sepulcro, con su asunción en cuerpo y alma a los cielos, y haciéndola partícipe de la gloria de Cristo resucitado, que Jesús había mostrado en el monte Tabor a los discípulos.

La contemplación de la obra de Dios en María es, sin duda, motivo de profunda alegría y de acción de gracias por los dones concedidos a María; pero al mismo tiempo es anticipo de los bienes que Dios concede y dará a su Iglesia.

La asunción de María llena el corazón de una gran alegría. Es la fiesta de nuestra Madre. Ella abre el camino al Padre. Nuestra Madre está en el cielo, y desde allí nos

mira y conoce nuestras alegrías y esperanzas, nuestras tristezas y desánimos. Ella intercede y nos acompaña. Es la Madre que nos ama entrañablemente, que nos espera y es en todo momento “vida, dulzura y esperanza nuestra”, mientras permanecemos en este valle de lágrimas.

María, señala el camino, abre el camino. Nos indica cuál es la meta hacia la que dirigimos, y nos ayuda a descubrir el sentido de nuestra vida.

María, la mujer sencilla, llena de Dios y de gracia, nos contagia su alegría. Ella es figura y primicia de la Iglesia que un día será glorificada.

Querida facultad, queridísimos estudiantes, administradores y todos cuantos de una u otra manera son o forman parte de la familia universitaria de la Pontificia Universidad Católica de Puerto Rico, no podíamos haber escogido mejor espejo en el que mirarnos, ni proponer mejor modelo que seguir, al inicio del nuevo curso, que María Asunta al Cielo. Ella es estímulo para escalar las más altas cimas que el hombre puede anhelar. Si de Cristo se dice, en verdad, que es el hombre perfecto, de María podemos decir que es la mujer perfecta, la imitación predilecta de Dios.

En la presentación del libro de Juan Pablo II: *Memoria e Identidad*, se habló del humanismo cristiano, como el único que encarna la realidad total del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, a diferencia de otros humanismos, que ofrecen una concepción distorsionada y empobrecida del hombre. Y resumía el conferenciante en tres palabras el humanismo vivido por Juan Pablo II: fe, pensamiento y corazón.

La Asunción de María es la glorificación de la síntesis de la fe, del pensamiento y del corazón. Al comenzar el curso 2005-2006, quisiera extender una invitación, particularmente a los profesores y estudiantes, a cultivar los tres elementos: la fe, el pensamiento y el corazón. Pero, particularmente, urgir y enfatizar, el primero de los elementos, la fe. Estudiar y profundizar la fe. Vivir la fe y desde la fe, como el elemento central y fundamental del ser humano, que enriquece e ilumina el pensamiento y el corazón, y a todo el hombre.

“Nuestro tiempo, tan rico de medios, se revela dramáticamente pobre de fines, privado de referencias objetivas e interpretaciones globales, agredido por un difundido escepticismo sobre los fundamentos mismos del saber y de la ética. El hombre tiende a preferir horizontes restringidos y ayudas temporales. En esta concepción relativista, en una concepción que exalta de modo absoluto lo individual y no lo dispone a la solidaridad, existe el riesgo de que la libertad se transforme en árbitro de los más fuertes contra los más débiles, contradiciéndose a sí misma: la libertad re-

niega de sí misma, se autodestruye y se dispone a la eliminación del otro cuando no reconoce ni respeta su vínculo constitutivo con la verdad”.

Al citar estas palabras, que he copiado de un documento de la Congregación para la Educación Católica, me parece estar leyendo a Juan Pablo II en su libro *Memoria e Identidad*. Sigue la cita:

“Con su alta cualidad humanista, la fe cristiana supone una referencia y una presencia eficaz al servicio de todos aquéllos que dedican a -la Universidad sus energías y su pensamiento para formar personalidades robustas de profesionales, investigadores, hombres de cultura, protagonistas de la vida civil y social. La fe todo lo ilumina con nueva luz y manifiesta el plan divino sobre la entera vocación del hombre. Por ello orienta la inteligencia hacia soluciones plenamente humanas”

“En esta línea la Universidad afronta tiempos y problemáticas nuevas reencontrándose a sí misma: Se vuelve así idealmente a las raíces de la universidad, nacida para conocer y descubrir progresivamente la verdad... La Iglesia se siente profundamente solidaria con la Universidad. El fin que ha movido y mueve a la Iglesia es sólo el de ofrecer el Evangelio a todos y, en consecuencia, también a la Universidad. En el Evangelio se funda una concepción del mundo y del hombre que no cesa de generar valores culturales humanísticos y éticos de la que depende toda la visión de la vida y de la historia”.

Tan reciente como el domingo 24 de julio, el Papa Benedicto XVI, en el rezo del *Angelus*, exhortaba a los jóvenes a ser “fermento de un humanismo renovado”, “en el que la fe y la razón cooperen”, dice el Papa, las dos, la fe y la razón “mediante un diálogo fecundo”, “para promover al hombre y edificar la auténtica paz”.

Se trata de profundizar en la fe, crecer y madurar en la fe. Ser adultos en la fe, ha dicho el nuevo Papa. No podemos permanecer como menores de edad, apenas con una fe infantil, “zaranreados por cualquier viento de doctrina” o “corrientes ideológicas” o “modas de pensamiento”. “No es adulta una fe que sigue las olas de la moda y la última novedad; adulta y madura es una fe profundamente arraigada en la amistad con Cristo. Esta amistad nos abre a todo lo que es bueno y nos da el criterio para discernir entre lo verdadero y lo falso, entre el engaño y la verdad”.

San Pedro, testigo cualificado de Cristo Resucitado, escribe en su primera carta estas significativas e iluminadoras palabras, indicadoras de la actitud que debe tener y mostrar el cristiano: “Glorificado en vuestros corazones a Cristo Señor”, es decir, que Cristo sea el centro, el eje, y razón de vuestras vidas, y añade: “y estad siempre prontos

para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere”, estad siempre prontos a dar razón de la fe, a responder de la fe.

Pero para dar razón de la fe, hay que conocer la fe. Para dar razón de la esperanza, hay que conocer la esperanza. ¿Cómo puede el cristiano dar razón de su fe y de su esperanza si las desconoce?

Se impone conocer la fe. Os propongo, como uno de los objetivos de este curso, estudiar y profundizar el Resumen del Catecismo de la Iglesia, que a manera de preguntas y respuestas, está a punto de salir en castellano. Un bello resumen de la fe católica, que estoy convencido, mientras más la conocemos, más la amaremos, y mejor la podremos vivir.

Se impone no tener miedo de confesar nuestra fe, no esconderse, no callarse. Recientemente el Cardenal Herranz, español, hacía unas afirmaciones muy interesantes, en Madrid, con motivo de la celebración de sus bodas de oro sacerdotales, animando a los cristianos “a reaccionar contra la cizaña fundamentalista laicista y anticatólica”. Se refería en concreto a la situación por la que está atravesando la Iglesia en España en estos momentos, objeto de un ataque inconsiderado y malévolo. Y exhortaba a los españoles “a no dormir, pues es la hora de sacudir la pereza y la somnolencia”. “Los cristianos se han adormecido y han consentido que el enemigo se acercase”, afirma.

Esto mismo es lo que está ocurriendo en Puerto Rico, las sectas, la mala prensa, los malos ejemplos y escándalos, están minando la fe. A veces los mismos católicos, se profesan católicos, mas, en la casa, en el ejercicio de la profesión, en los distintos foros, su actuar dista mucho de su profesión católica. No hay correspondencia entre el ser y el obrar. Un simple ejemplo puede ser ilustrativo. ¿Cuántos que se dicen católicos cumplen con la misa dominical? Este podría ser otro objetivo a cumplir este curso académico como una manera práctica de profundizar, de vivir la fe: la asistencia a la misa dominical, tener la Eucaristía como centro de la vida cristiana y como alimento que sacia el hambre y la sed del hombre.

Les deseo a todos un feliz inicio de curso y un mejor y más feliz desarrollo del mismo, en esta hermosa solemnidad de la Asunción de nuestra Señora, que hoy se muestra más resplandeciente y hermosa que nunca, y como nuestra pionera en la fe.

(Homilía pronunciada por Mons. Félix Lázaro, Sch.P., Obispo de Ponce, en la apertura del curso académico 2005-06 de la Pontificia Universidad Católica de Puerto Rico y el día de la Asunción.)

